

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

LA REPUBLICA ESPAÑOLA EN TRES ACTOS

I.—ALCALÁ ZAMORA

LA República española en tres actos, aunque no en verso. En prosa, y en prosa dramática.

Con la caída del primer presidente del Gobierno republicano de España, don Niceto Alcalá Zamora, y del Ministro de la Gobernación, don Miguel Maura, ambos republicanos sin tacha, pero no sin flaquezas, ha concluído el primer acto de la revolución.

Es decir, la revolución, que sigue avante, echa por la borda a los que no la comprenden en su cabalidad, aunque la hayan servido abnegadamente; a los que suponen que puede haber mixturas por el momento entre las esencias del pasado y las esencias de la revolución.

Con la Iglesia topamos Sancho. La Iglesia en efecto, ha sido el zanjón en donde han caído.

La Iglesia católica de España, poder omnímodo bajo la Monarquía, y uno de sus fundamentos centenarios, no puede dejar de sufrir una transformación radical en la República revolucionaria.

La Iglesia, partido político de enorme fuerza material y moral en las sociedades conservadoras—que nada tiene que ver con cierto íntimo sentimiento religioso, elevado o vulgar,—debe amoldarse y se amoldará a los nuevos tiempos. Ya lo ha hecho en diversos países, desde los días de Lutero, en Alemania, hasta los de Obregón y Calles, en Méjico.

No se trata por parte de la República española, de represalias y persecuciones inútiles, que choquen por injustas al sentimiento de las gentes ecuanímes. Se trata sólo de reformas lógicas para la revolución y de necesidad vital para la República. Son cosas fatales. En todos los órdenes, y en la Natu-

raleza tanto como en la sociedad, formas atrasadas ceden a formas de vida más aptas y evolucionadas. Los grandes monstruos de la época terciaria han desaparecido. Nadie persigue al ventorrillero que se arruina al borde de la carretera cuando se abre al tráfico la vía férrea.

La Asamblea constituyente española, gritona y magnífica, vibrante de pasión y rica de sentido revolucionario, va elaborando la Constitución, dando estado jurídico al sentir revolucionario de España y preparando el porvenir. El porvenir debe ser distinto y aun contrario de lo pasado, aun saliendo de él. El hijo es otro que la madre, quien, sin embargo, lo llevó en sí. De ese modo traduce la Asamblea el espíritu de la nación que la ha elegido. De no proceder así, el pueblo la arrollaría a ella como ella ha arrollado a los gobernantes que vacilaron y creyeron encontrar un equilibrio político posible transigiendo en cierto modo, aun en el momento de la pugna, con el espíritu de ayer.

Lo que ha ocurrido a estas dos víctimas ilustres de su error religioso—es decir, político—puede ocurrir a otros en las cuestiones de orden social y a otros aun en punto a las sanciones que se impongan a los monárquicos de la Dictadura por desgobierno, atropellos y peculados.

La revolución sigue adelante. No siempre concluyen las revoluciones los que las inician. Lafayette y Kerensky, ambos vacilantes, sirven de ejemplo. Alcalá Zamora y don Miguel Maura pueden quedar como reserva de la República, a la que ambos han servido con honor, para días más serenos.

II.—AZAÑA

El segundo acto de la revolución empieza con la elección de don Manuel Azaña para presidir el Gobierno de la República, y terminará cuando concluya la Constituyente la nueva Constitución por que ha de regirse España.

Respecto al carácter de la Constitución, no cabe duda. Dada la composición de la Cámara, será la obra jurídica de una democracia revolucionaria.

En cuanto al hombre que preside este segundo acto de la revolución española, si las circunstancias solas han presidido a su elección, debemos convenir en que los hados favorecen a la República.

Hasta ahora el Gobierno había olvidado—quizá por el carácter conciliador y eminentemente civil de Alcalá Zamora—

que se vive en un período de creación, de peligro, sin Constitución alguna que rija, y que por encima de una inexistente Carta Constitucional que obedecer existe la necesidad de cumplir el mandato popular de salvar el espíritu y la obra de la revolución e imponer sobre sólidos fundamentos la República.

El Gobierno anterior no hizo dejación de deberes gubernamentales; pero el señor Azaña pronuncia ahora palabras jacobinas que convenía pronunciar: «La República tiene derecho a ser respetada, y el Gobierno la hará respetar. ¡Ay del que alce la mano contra ella!»

Como se trata de un hombre enérgico y de un sincero republicano, ya sabrán los esperanzados del desorden a que atenerse.

Durará o no durará el Gobierno de Azaña; pero podemos estar casi seguros de que en la cabeza del banco azul no se opondrá un veto a cada audacia legislativa de la Asamblea ni se producirá una enmienda que la neutralice.

III.—LERROUX O LOS SOCIALISTAS

El tercer acto de la revolución empezará con el fin de la Asamblea constituyente y con el primer Gobierno constitucional de la República.

Lo representarán Lerroux y los socialistas.

¿Se elegirá entonces—según las minorías más numerosas de la actual Constituyente—un Gobierno socialista o un Gobierno republicano radical? Nadie puede saberlo todavía, y además, nada importa. Uno u otro gobernarán conforme a las leyes que salgan de la Asamblea Constituyente.

Entonces se verá que entre estos dos partidos, si existen diferencias, no existen—ni en punto a la cuestión social—abismos insondables. Ambos son en el fondo partidos moderados dentro de la ideología correspondiente.

El partido socialista, sabiamente disciplinado, y dirigido por jefes ilustres con hondo sentido de las realidades, evoluciona hacia el Poder. Es decir, pierde un poco su acritud y exclusivismo de clase. Se aburguesa.

El partido radical, de amplia y flexible ideología, es un partido que ha crecido mucho—como era natural que creciese—con la revolución. Posee hoy sectores de afiliados afines, casi limítrofes, con el ideario socialista. Lo olvidan los que sólo se fijan en que también parece ensancharse con gentes de más

tímido pensar. Todo ello constituye a ese partido, acaudillado por la gran figura política de don Alejandro Lerroux, en un partido de zona templada. En un partido apto para el gobierno, tanto en días serenos como en días en que se amenacen y entrechoquen pasiones y opiniones demasiado irreconciliables.

¿Estarán llamados a devorarse entre sí socialistas y radicales? Uno y otro partido gobernarán de seguro el día de mañana. Se disputarán el Poder con mayor o menor saña. Pero alguna vez acaso tendrán que coligarse entre sí y con los radical-socialistas—tercer factor importante en la política del momento—: cuando sientan la zarpa del mismo adversario a la izquierda—los comunistas—y el mismo adversario a la derecha—los monárquicos clericales.

Sí. Más de una vez en lo futuro tendrán probablemente que estrecharse las manos los grandes partidos que hoy dominan en la Cámara y en el Gobierno, después de haber obtenido juntos la victoria contra la Monarquía.

Y lo harán en defensa común de la República, del socialismo y del porvenir, hasta que otros partidos sean capaces de gobernar a España. —R. B L A N C O-F O M B O N A.

Madrid 1931.

VIDA DE PABLO GAUGUIN

ES una vida exótica, revuelta y algo misteriosa. Durante años ha permanecido en estado de leyenda, maldecida, o incensada pero el estudio de su obra la ha ido despejando poco a poco de oscuridades. Una y otra aclaran y completan la amarga aventura que vivió el pintor.

En Gauguin se encuentran dos pueblos divergentes: su padre es francés y su madre, peruana. Y esta fusión de sangre determina un ser que es a la vez aristocrático y primitivo, lúcido y sensual. ¡Sorprendente aleación de cualidades que se trasluce en cada una de sus telas!

Nace en París en 1848; pero parte de su infancia la pasa en Lima. El la recordará siempre con sus iglesias penumbrosas, sus patios muertos de pereza y sus calles «en donde los gallinazos venían a devorar las inmundicias».

De niño no se distingue por un talento exagerado. «A veces— cuenta él mismo en un cuaderno de memorias—se me veía inmóvil, extático, silencioso bajo unos nogales que ornaban el